

Las imágenes plásticas en la cultura festiva. De la fiesta de Todos Santos a la fiesta del comercio: 1578-1893

Ma. Estela Eguiarte

La fiesta da a la ciudad un “mágico aspecto de apoteosis teatral”, comentaba Federico Gamboa en su novela *Santa* de 1903.¹ Fenómeno multiseccular, durante la fiesta el espacio público se convierte en escenario del acontecer pasajero de conmemoraciones civiles y religiosas. La fiesta hace de calles y plazas el marco simbólico y lúdico de ese escenario teatral que impactó a Gamboa. Pero lo que el novelista retrataba en los albores del siglo XX era tan antiguo como el país mismo; las mutaciones festivas de la ciudad antecedieron con mucho la descripción de *Santa*; aunque algunas de ellas, en algunos de sus aspectos, llegarían a su término junto con el periodo que Gamboa tanto amó: el porfiriato. Tal fue el caso de la festividad de Todos Santos, que en la cima liberal dio paso a la veneración de uno de los ídolos de la modernidad decimonónica: el comercio.

Costumbre y fiesta

Durante el virreinato, la ciudad de México decoraba en cada ciclo festivo paredes y balcones con brocados y tapicería. Por unos días se levantaban monumentos, altares y arcos acompañados de pinturas alegóricas que reforzaban las creencias y valores que daban sentido a cada fiesta. La lectura visual de este espectáculo en colores competía con el lenguaje escrito de las

poesías que para cada ocasión se colocaban a los lados de las pinturas o se leían en las ceremonias correspondientes. Las obras de teatro hablaban de los temas propios de la conmemoración y las procesiones se llenaban de esculturas, pinturas y estandartes, enmarcadas con coros musicales y cantos que, en su caso, también se repetirían dentro de las iglesias. Las fiestas profanas y sagradas de origen colonial mantuvieron sus formas en el siglo XIX. La estructura festiva, después de 1821, sirvió además para la consolidación de la conciencia nacional, al conmemorar a héroes, fechas y acontecimientos de interés cívico. Mismas formas, distintos contenidos; mismas costumbres, nuevos sentidos. Tal vez uno de los ejemplos más claros sea el de la fiesta del uno de noviembre: la celebración de Todos Santos que, pese a su aparato de sabor virreinal, no desapareció, aunque su transformación la haya vuelto irreconocible.

Fiesta de Todos Santos

En los estudios sobre el carácter lúdico de las formas culturales, el historiador de la cultura Johan Huizinga ha considerado que el espacio urbano se convierte durante la fiesta en un terreno consagrado, cercado, separado, en el que rigen determinadas reglas; es un mundo tempo-

ral dentro del mundo habitual, que sirve para llevar a cabo una actividad que se consume en sí misma.²

En el caso de la fiesta de Todos Santos en la ciudad de México, las reglas de ese mundo cerrado se transformaron con el paso del tiempo, de tal manera que el sentido religioso original de la fiesta instituida en México con la llegada en 1518 de las reliquias de algunos santos cristianos, se sustituyó por una de contenidos seculares: se convirtió, en 1893, en la liberal fiesta del comercio. También el espacio ciudadano adquirió signos laicos. Mientras que las calles de la Nueva España habían sido sitio temporal de arcos y altares, cargados de símbolos de alabanza a los santos cristianos, en el siglo XIX la plaza Mayor albergó un efímero salón de bailes y jacalones escenográficos de teatros de títeres, funciones de música y cantos de zarzuela.

La repetición cíclica de la fiesta indica la manera del ser y del actuar sociales; define la mentalidad de una época, muestra actitudes que tienen origen moral, psicológico, político y económico particulares. Aunque la fiesta como *juego* irrumpe en la cotidianidad privada y pública, como señaló Huizinga, solemne o disipada, sacra o profana, su recurrencia significa que es complemento imprescindible para la persona y para la comunidad.

Varios son los autores que han estudiado el significado de la fiesta, de su sentido ritual, conmemorativo o de juego en la cultura occidental, algunos de ellos referidos a la Nueva España.³ Sin embargo, desde el punto de vista de la historia urbana y de las manifestaciones plásticas en las obras efímeras, es necesario seguir de cerca el desarrollo de la mentalidad festiva, su relación con las transformaciones lúdicas de la ciudad y de los objetos culturales y artísticos que decoran y enfatizan el sentido alegórico de las representaciones festivas.

Algunas aproximaciones al sentido de la fiesta pública y la vida cotidiana durante la colonia que apunta Pilar Gonzalbo, nos permiten acercarnos a la imagen plástica de la festividad de Todos Santos en cuanto a transformación efímera del espacio urbano; la decoración fue una

práctica que se dio desde las primeras festividades en la Nueva España. "En las fiestas urbanas del México colonial es interesante observar el predominio de los elementos simbólicos, de carácter religioso y civil, que contribuían a fortalecer el ejercicio del poder político."⁴ El carácter de esta decoración —religioso o profano—, el énfasis en elementos sagrados o seculares, lo imprimirá el sentido que la misma conmemoración vaya adquiriendo al cambiar con el paso del tiempo.

La originalmente solemne festividad novohispana de Todos Santos se desdobló en dos fiestas diversas en significado y expresión durante el primer siglo del México independiente. Por un lado se convirtió en la popular fiesta de *Difuntos chiquitos* o de *angelitos*, en honor a los niños muertos. Evidentemente la mentalidad popular ligó la fiesta de Fieles Difuntos del 2 de noviembre con la dedicada a Todos Santos un día antes. Síntesis que refleja la evolución de los valores populares: se prefirió sumar un día más al ritual de recordación a los familiares muertos a costa de la litúrgica y especializada fiesta de santos, importante quizá para la Iglesia pero evidentemente menos para el resto de la sociedad. Por otro lado, producto de la secularización dirigida desde el gobierno —en este caso el del general Díaz—, la fiesta del comercio aprovechó la ocasión del festejo popular del uno de noviembre. Su éxito fue relativo: al doblar el siglo XX se diluyó junto con el gobierno que la promovía. De cualquier manera, aquí se destacará el hecho de que, con motivo festivo, los cambios en los usos de los espacios públicos también han tenido una larga historia.

Los santos colonizan Nueva España

Con la llegada, en 1578, de reliquias de santos y objetos sacros, se estableció oficialmente en la Nueva España el día uno de noviembre para el festejo de Todos Santos. El relato que da cuenta del destino de los sagrados despojos mantiene aún el sabor medieval.

Después de severos tropiezos a través de una larga travesía atlántica arribó "un riquísimo

tesoro de reliquias”, según nos cuenta el jesuita Francisco Javier Alegre —basado en la carta del también sacerdote jesuita Pedro Morales, fechada en 1579.⁵ Era el tesoro que el papa Gregorio XIII mandaba para “animar la fe recién plantada en estos reinos”.⁶ Tres años antes, los “despojos de muchos santos” enviados en un primer intento se habían perdido en el naufragio de la nave que los traía. Destino reprobablemente mundano fue el suyo: los relicarios fueron demasiada tentación en el ambiente sediento de metales y piedras preciosas del Nuevo Mundo. Alegre recordó: “La gente de mar se apoderó de aquel rico tesoro, que apenas apreciaba sino por los exteriores adornos...”⁷ Se recobraron algunas reliquias pero, según la misma crónica, tuvieron que pedir otras por “falta de auténticas o certificaciones necesarias”.⁸ Entre las que nuevamente se enviaron en el segundo embarque se encontraban una espina de la corona del Salvador, un *Lignum Crucis*, otras del vestido de la Virgen María, de san José, de santa Ana, dos de san Pedro y san Pablo y once de los restantes apóstoles, veinticuatro de santos confesores, catorce de santos doctores, veintisiete de algunos santos particulares, cincuenta y siete de santos mártires de nombre conocido y otras doscientas más junto con las de “bienaventurados” que desconocía la Iglesia militante.⁹

La crónica del padre Alegre relata que la fiesta que conmemoró la llegada de las reliquias incluyó misas, indulgencias y procesiones; la erección de arcos de triunfo, altares, arcos florales, representaciones teatrales, sermones y certámenes literarios. La procesión de los restos de los santos hombres y de lugares fundamentales para la Iglesia se inició en el Colegio Máximo de los jesuitas y fueron llevados luego a la Catedral.

En aquella ocasión, narra el padre Alegre, el ayuntamiento publicó un cartel literario con siete certámenes, señalando premios y jueces.

Este cartel, con noble acompañamiento de los diputados y algunos otros caballeros, de muchos colegiales de los seminarios, y otros de los más principales de nuestros

estudios con ricos vestidos y jaeces, al son de trompetas y clarines, se paseó por las calles. Llegando la vistosa caravana a las casas de cabildo, un heraldo lo leyó en alta voz desde el balcón, y allí mismo, en un docel de damasco carmesí con franjas de oro, estuvo puesto algunos días. Se dispusieron diez y nueve relicarios, cuyo adorno fue de cuenta de las más nobles señoras, que con una piadosa porfía procuraron excederse unas a otras, no menos en la disposición y simetría, que en el número y preciosidad de las joyas.¹⁰

El virrey llamó a los caciques indios de las diferentes comarcas para que participaran con sus respectivas insignias y música. “Trajeron consigo los santos patronos de sus pueblos, y tuvieron a su cargo asear las calles y alfombrarlas de yerbas y flores que aún por noviembre no faltan en América.”¹¹

Se levantaron cinco arcos de triunfo dispuestos en las calles que iban del Colegio Máximo a la Catedral. Los arcos estuvieron dedicados a san Hipólito, patrón de la ciudad, a san Juan Bautista, san Pedro y san Pablo, a los santos Doctores de la Iglesia y a la Sagrada Espina y Cruz del Redentor. Hasta el momento no se han localizado descripciones de las pinturas que vistieron aquellos arcos, tampoco conocemos su composición ni sus programas narrativos. Sin embargo, el gusto emblemático, plástico y literario que tan de moda estaba ya a finales del siglo XVI, y los grabados contemporáneos sobre temas de un paganismo clásico cristianizado —con sus derivados morales— y de historia sagrada, pueden darnos idea aproximada de su composición formal. Muy probablemente, dada la solemnidad del acto y su causa enteramente cristiana, los elementos tomados del mundo clásico greco-latino debieron ser pocos y discretos. De igual manera —se puede especular—, las esculturas que daban volumen a los arcos, figuras de los santos a los que se dedicó el efímero monumento, debieron evitar adornos impropios de su historia particular, pero tal vez toleraron elementos tomados de la colorida y olorosa naturaleza novohispana.

Entre un arco y otro se colocaron altares a otros santos más. Música de flautas, chirimías y tamborcillos acompañaron los cantos de la procesión que llevó las reliquias cubiertas desde el colegio jesuita a la Catedral. Se puso en escena la *Tragedia intitulada el Triunfo de los santos*, en que se representa la persecución de Diocleciano, y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino,¹² atribuida a los padres Vincencio Lanucci y Juan Sánchez Baquero, este último historiador jesuita que llegó a Nueva España en 1574 y cuyas crónicas sirvieron de base para la *Historia de la Compañía de Jesús* que escribiera el padre Francisco Javier Alegre en el último tercio del siglo XVIII.

El momento era totalmente apropiado para mostrar a una comunidad en proceso de conversión la experiencia que, en otro momento fundante, el de la primitiva Iglesia de Constantino, había logrado al instituirse a pesar de la persecución y del mal encarnado en los infieles. La llegada de las reliquias, en este caso, representaría en la Nueva España el triunfo del cristianismo que se imponía ante una sociedad que ajustaba sus creencias a esta nueva forma de religiosidad. La grandilocuencia de la fiesta, los múltiples altares y arcos saturados de pinturas y versos, el adorno de las casas y templos, los cantos en las iglesias y las representaciones teatrales hablaban del triunfo de los santos católicos sobre los dioses de la gentilidad indígena.

Del relato de Alegre podemos imaginar la compleja maquinaria que dio movimiento a una fiesta cuya característica intrínseca era el estatismo de una religión que se imponía con firmeza en un continente que apenas ganaba para sí el mundo cristiano: era el establecimiento de la Iglesia y la vigencia del poder intercesor de los santos a través de la veneración de sus despojos. Alegre narra el momento festivo fundacional:

Al pasar la procesión, con varios artificios se desprendían de arriba innumerables flores, se abrían pomos de aguas olorosas, se soltaban pájaros, y brotaban entre la yerba mil juegos de agua diferentes. A los

lados de la bóveda (realizada en una estructura que permitía entretejer flores y yerbas olorosas), se leían muchas tarjas con pinturas y poesías al martirio de san Juan Bautista, a quien estaba el arco dedicado. En medio de la cuadra estaba un altar magnífico, y se entraba luego en otro arco o bóveda, semejante a la primera, que los caciques de Chalco y otras provincias habían adornado a competencia.¹³

Todo parece indicar que, aunque la fiesta fue organizada por las autoridades de la Iglesia con intenciones evangelizadoras, participaron efectivamente en ella todos los sectores de una sociedad ya plenamente colonial y cristianizada: europeos y americanos, españoles e indios, desempeñaron papeles específicos, diferenciados entre sí pero agrupados en ese colectivo social característico del virreinato. Aunque la descripción dieciochesca del padre Alegre pueda ser poco exacta, se ve en ella que la participación india estaba más alejada del momento de la conquista que de las costumbres barrocas.

Por otra parte, la referencia a las pinturas y esculturas de los arcos nos remiten a la producción de imágenes que tendrían que ver con los gremios artesanales, los cuales seguían modelos europeos postridentinos en la representación visual. Los adornos de calles corrieron a cargo de los indígenas, quienes elaboraron cincuenta arcos o “bóvedas” que llevaban flores y yerbas olorosas, “adornados con flámulas y gallardetes con varios colores, y de trecho en trecho, algunos árboles con sus respectivas frutas, unas naturales y otras fingidas o de cera o de alcorza y muchos pajarillos que, atados con hilos largos, volaban con alegre inquietud a entre las ramas”.¹⁴ El padre Morales describe que el mismo patio del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo se adornó en aquella ocasión con guirnaldas y festones que alternaban con carteles o tarjas que contenían versos latinos, castellanos e italianos o “toscanos”, como entonces se decía, que acompañaban pinturas alegóricas de los santos y las reliquias. Entre los jeroglíficos escritos, el padre Morales destaca en la tarja de la pintura:

donde estaba pintado un Alemán, como que da la mano y desprecia las reliquias, y un Indio que de rodillas las está cogiendo con mucha reverencia [...] cuya leyenda decía: Pues con ánimo obstinado nos menosprecia Alemaña, honremos la Nueva España.¹⁵

En cuanto a los miembros de la Iglesia, además de que la iniciativa partió de ellos, ofrecían misas y sermones dedicados a los santos. El mismo padre Morales nos cuenta que, llegada la procesión y entregadas las reliquias, se dijo una misa en la que se cantaron muchas coplas, entre ellas una ensalada bastante larga que transcribe con el título de *Batalla de la carne, mundo y Lucifer con los santos*.¹⁶ La fiesta en torno a las reliquias y los santos promulgaba así en la Nueva España el triunfo de la fe cristiana sobre la gentilidad. Las representaciones dramáticas, los cantos y las obras plásticas expresaban en sus lenguajes particulares que la Iglesia se establecía como triunfadora a través del martirio de los santos, de la lucha contra el diablo, la desautorización de los herejes, y de su dedicación a los indios de la Nueva España.

Al parecer, la fiesta del uno de noviembre no repitió después el boato originario; pero durante cuatro centurias las misas en homenaje a los padres, mártires y héroes cristianos han recordado, año tras año, los motivos de tal fecha. Paralelamente, la religión popular ha “desviado” la atención de los santos a los niños muertos, atando su idea festiva a la conmemoración de los Fieles Difuntos. No es posible saber cómo ni cuándo fue esa transformación, pero dos siglos después del solemne oficio de Todos Santos, las flores, yerbas olorosas y frutas adornaron catafalcos barrocos en espacios públicos y ofrendas mortuorias domésticas. Los monumentos efímeros en la ciudad —sobre todo en templos y panteones— cambiaron su sentido pero guardaron las formas, que como la fiesta de 1578 siguió —y sigue— celebrándose los dos primeros días de noviembre.

Sin embargo, la secularización decimonónica, aún con su carga de liberalismo anticlerical, dio muestras claras de su génesis cultural cristia-

na: estableció una fiesta el uno de noviembre para impulsar aquello que entonces era considerado motor de la vida en el mundo civilizado: el inopinado sustituto oficial de los santos fue el comercio.

Hacia la fiesta del comercio

Son pocas las referencias hasta hoy encontradas en torno a la fiesta de Todos Santos el uno de noviembre durante los siglos XVII y XVIII. Todo parece indicar que la veneración por las reliquias, la visita a las iglesias en donde éstas se encontraban, así como una marcada devoción hacia ellas continuaron durante este tiempo, pero ya sin el carácter grandilocuente de la fiesta fundante que relató Alegre. En noviembre de 1729, la *Gazeta* describe la costumbre no perdida de venerar las reliquias:

Desde las primeras hasta las segundas vísperas de la festividad de Todos Santos, se pusieron patetes (*sic*) en todas las Iglesias las muchas y muy exquisitas Reliquias, que en ellas, con toda veneración, en ricas urnas, y preciosos relicarios se veneraban: en la Santa Iglesia Metropolitana, el cuerpo de San Primitivo, el de Santa Hilaria, dos cabezas de las onze mil vírgenes, de San Anastacio, de San Gelacio, de San Vito y otras. En Santo Domingo, una muela del Santo, el cuerpo de San Hipólito Presbítero, virrete de San Francisco Xavier, mano de San Luis Beltrán...¹⁷

Al día siguiente “se celebró en esta corte, con toda la pompa fúnebre, ricos lúgubres ornamentos correspondientes”, mientras que en festejo general repicaron 297 campanas de las torres de las iglesias de la ciudad.¹⁸ A pesar del peculiar tañer de campanas que llegó hasta los límites más alejados de la ciudad, el festejo en torno a las reliquias se restringió a los espacios de los templos. No hay referencias de actividad en las calles, de arcos o procesiones.

La tradición se mantuvo a lo largo de todo el

siglo XIX, inclusive durante la reforma. En 1861, las medidas tomadas por el gobierno de Juárez respecto a la desamortización de los bienes de la Iglesia y a la limitación de la injerencia política y social de esta institución, no afectó de manera sustancial la veneración de las reliquias por considerarla ingenua; así lo recordó Ignacio Manuel Altamirano 23 años después:

Un día, en 1861, el gran zapador de la Reforma, el viejo Delgado, llamó a Juárez, a González Ortega, a Ramírez, a Prieto y a otros para que fueran a contemplar las tibias, fémures, canillas y cráneos de cartón que los cándidos creyentes habían estado adorando en Loreto y que aún se hallaban recargadas de medallas y exvotos, vivo testimonio de los milagros que habían hecho. Los irreverentes reformistas probablemente dijeron de estos exvotos lo que Diógenes de los exvotos antiguos. Y dejaron en su lugar las reliquias. ¡Inocente superchería! ¿Por qué despojar de esa pequeña explotación al clero? ¿Por qué darle motivo para una queja más? Y sobre todo, si se destruían esas santas reliquias, no se quitaba la facilidad de hacer otras.¹⁹

Desde principios del siglo XIX, la organización de la fiesta de Todos Santos pasó a manos del ayuntamiento de la ciudad. Se le imprimió con ello un carácter prioritariamente civil, que a través del siglo enfatizó, además, la diferenciación clasista de los usos de los espacios públicos en los que se llevaban a cabo las ceremonias. La secularización significó, en este caso, convertir una fiesta religiosa en un acontecimiento social de la élite decimonónica. Se dejó para el pueblo llano la visita a las iglesias y a los panteones: para él la conmemoración de los Fieles Difuntos iniciaba el uno de noviembre. La fiesta de Todos Santos se conjuntó con el que empezó a llamarse Día de los Muertos, cuya singularidad no luctuosa llamó la atención a cronistas y literatos durante ese siglo.

Fue entonces cuando la plaza Mayor de la

ciudad de México se convirtió en el espacio privilegiado para el festejo de los santos. Todavía en 1809 las iglesias ofrecían misas especiales, junto a visitas a las reliquias con las que se ganaban indulgencias;²⁰ pero la vida secular abrió la opción de agregar valores nuevos: la centenario práctica pública del uno de noviembre fue declarada en 1893 fiesta del comercio. La transformación del sentido cristiano original no quebró la costumbre de crear, para ese día, elementos plásticos en obras efímeras ornamentales pero cuyo contenido religioso dio entonces paso a formas y motivos profanos. La desacralización no fue violenta; tal vez no sea casual que, hacia los mismos años de vigencia de la fiesta del comercio, las "calaveras" de Manilla y Posada circularan en hojas impresas que restaban solemnidad a la ya florida y nada llorosa fiesta de Fieles Difuntos. Fue ésa la huella de fin de siglo.

La costumbre de raíz colonial no desapareció sino que cambió elementos. Y la parte visual que caracterizó la fiesta de Todos Santos evolucionó: el uso de espacios públicos adornados con flores en estructuras de madera que se levantaron no fueron para mostrar ni retratar padres o mártires cristianos; sí para albergar mercancías y para hacer un civilizado homenaje al mundo moderno del porfiriato.

El uso oficial de los espacios públicos urbanos para la fiesta del uno de noviembre no era irrestricto; por el contrario, también como herencia de la jerarquización colonial, las "calidades de gentes" definían usos y mensajes inscritos en el arte efímero: a un lado de las tumbas simuladas, los monumentos floridos en el Zócalo se dirigían a aquéllos capaces de participar en los circuitos de compra-venta, pues ése era el sentido del comercio porfirico. Así, mientras el arte efímero oficial que transformaba el entorno ciudadano derivaba de los jirones de la celebración de Todos Santos y sumaba la algarabía popular de la fiesta de muertos, la más firme costumbre de Fieles Difuntos mantenía sus espacios propios —con la innovadora excepción de las "calaveras" impresas, cuya física natural era la calle—: altares y ofrendas, al igual que en el virreinato barroco, se quedaban

en iglesias y panteones —espacios públicos no “civiles”—, o en los hogares del común de la población.

Formas nuevas encubren viejas estructuras

Como ya dijimos, durante el siglo XIX la organización de la fiesta de Todos Santos pasó del cabildo eclesiástico al ayuntamiento de la ciudad. Desde la sede del gobierno ciudadano se reglamentaron todos los pormenores que afectaban la festividad: ubicación y uso de lugares en que se llevaría a cabo, actividades culturales y disposiciones arancelarias derivadas de la renta de los espacios y su utilidad comercial.

Hacia la segunda mitad del siglo, la diferenciación social de los lugares y las actividades realizadas el uno de noviembre enmarcaron un espacio secularizado. La función de las iglesias en estas festividades así como las procesiones y cantos en honor a los santos serían sustituidos por los gustos y acciones de una sociedad oficialmente liberal. No se volvió a mencionar en crónicas ni periódicos la erección de arcos triunfales ni de altares que conmemorasen a los santos, patrones originales de esta fiesta.

El sitio oficializado por excelencia era entonces la plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba cada año un salón efímero, para que un reducido sector de la sociedad escuchara música y degustara platillos especiales. En la misma plaza se rentaban espacios para colocar teatros provisionales que ofrecían funciones de títeres y “ópera en miniatura”. Alrededor de la plaza se colocaban puestos de vendimias, y en ocasiones, en el atrio de la Catedral, puestos de frutas. Se realizaba una exposición de flores, arbustos, frutas, verduras, dulces y figuras de cera, barro y trapo. Se colocaban en aparadores en los contornos del Zócalo, al centro de la plaza.²¹

Durante los años de la república restaurada, la fiesta había adquirido la condición de verbena popular. La moda en el arreglo de las mujeres parecía ser parte de los preparativos de la fiesta. El propietario de la tienda La Sorpresa, por ejemplo, aprovechaba la temporada para

mostrar en sus aparadores los últimos modelos de sombreros y abrigos que lucirían las damas de la alta sociedad en los festejos de noviembre. El comercio convertía a la moda en puntal del disimulo del vestuario de fiesta que en otros tiempos correspondiera a quienes participaban en la fiesta colonial como personajes de comedia. Para tal caso la prensa señalaba: “La fiesta de Todos Santos se acerca, lectoras, ya sabéis que en estos días es como ordenanza estrenar sombrero y abrigo.”²² Los espectáculos como títeres, ópera, teatro y conciertos, que se llevaban a cabo en los principales teatros de la ciudad y en los jacalones acondicionados en la plaza principal, eran ahora los eventos culturales cuyos programas ya nada tendrían que decir sobre los santos. Los títeres de Omarín, *Don Juan Tenorio* y *La Traviata* competían con las “calaveras” y “animitas”, las tumbas falsas y las ofrendas de la plaza. Mientras que la visita a los panteones empezaba desde la noche del primer día de noviembre, la plaza iluminaba con bombillas el escenario de las fiestas durante todo el mes. En 1872, la conmemoración de los santos atada a la de muertos había pasado en la plaza pública a los grupos más selectos: en la publicación *México y sus costumbres* se decía que todavía 20 años atrás no se divertían con los muertos, y que los cementerios de San Fernando y Santa Paula no eran ya el lugar en donde ese día era destinado a la conmemoración de los difuntos sino al *rêndez-vous* de la elegancia.

Entonces sólo los pobres visitaban los panteones, no para hacer ostentación de su dolor, sino para llorar a sus deudos a su manera [...] con tal motivo el barrio de Santa María era causa de una peregrinación: las cabezas, enchiladas con su cebolla en los ojos y sacando los dientes, el chito y los frijoles gordos; en esto consistía el almuerzo que compraban los dolientes; pero todos eran pobres, la gente acomodada se contentaba con mandar decir una misa a su muerto, rezar en el altar del Perdón, donde por cada palabra se sacan quién sabe cuántos miles de almas del purgatorio [...]. Hoy es

de otra suerte, el lujo que invade todas las costumbres, ha hecho que los panteones sean una competencia; quién pone más velas, más flores, más coronas, más retratos, más bandas, más macetas, más blandones y más originalidades.²³

Al parecer, de acuerdo con esta nota y otras contemporáneas, en la segunda mitad del siglo XIX la visita a los muertos en los panteones se convirtió también en una costumbre de las élites mexicanas, sin dejar de ser un evento básicamente popular.

A otros tiempos otras costumbres [señalaba nuevamente un diario capitalino en 1872], por esta causa los panteones eran lugar de recreo, por esta causa acudía allí tanta gente y la Piedad y San Fernando estaban fabulosamente concurridos [...] la Piedad sobre todo, panteón de los franceses donde cantó la Galazzi [cantante italiana de ópera] y Gianoli y D. Avanzo era la distracción del día. En el cementerio mexicano había muchos pobres llorando el hueso, muchos sepulcros adornados, misas y buena orquesta. San Fernando brillaba por el lujo de sus mausoleos, por el fausto de los adornos [...] en la noche el ayuntamiento iluminó el Zócalo, los teatros de títeres abrieron [...] la gente acudió en tropel a la plaza y terminó ese día, todo consagrado a la diversión. El Zócalo ataba la mejor sociedad de México, las señoritas ostentaban gran lujo en los sombreros y en los abrigos [...] vueltas y más vueltas en el jardín.²⁴

El carácter teatral de las fiestas decimonónicas en noviembre emparentaba formalmente con la solemnidad de la fiesta barroca. Fue el estilo espectacular de los arcos y procesiones, de los altares y sus maquinarias, el que se dobló en la grandilocuencia lúdica del siglo XIX. Los arcos y altares con pinturas y esculturas de santos y alegorías de sus virtudes se transformaron en salones de espectáculos con repre-

sentaciones plásticas también, pero ahora con alegorías nacionalistas. Las procesiones que llevaban reliquias de santos se convirtieron en desfile de carros alegóricos representando a casas comerciales. El Palacio de Hierro, el Puerto de Veracruz, panaderías y plomerías y fábricas de cigarros, arreglaban sus modernos carros con flores y objetos alusivos a su actividad para desfilarse festivamente.²⁵

Al parecer los gastos no se escatimaban en los arreglos del Zócalo para las fiestas de noviembre. Cuantiosas sumas invirtieron quienes rentaban el espacio para colocar el salón central. Inversión que aparentemente era difícil recuperar, ya que año tras año los empresarios de este negocio pedían al ayuntamiento que se les permitiera alargar el periodo de espectáculos con el fin de evitar pérdidas.

Según la opinión de la prensa, en los arreglos de esta fiesta decimonónica privaba el mal gusto. No para todos era agradable la presencia de tules, lámparas, adornos y esculturas posiblemente de estuco. La prensa de finales de siglo criticó permanentemente "lo afeado del rostro del Zócalo" por los preparativos de las fiestas de noviembre:

Precisamente el airoso edificio que ha levantado en medio de la plaza la Honorable Corporación Municipal, más propio es de Noche Buena que de Todos Santos. Lo flanquea una hilera de portalitos a los que no les falta más que una estrella en la frente para ser legítimos portales de Belén [...]. En el salón sin techo que va a abrirse el primero del entrante habrá, según rezan los programas, guardarropas. Pues bien, hasta ese gasto se ahorrará el ayuntamiento en el mes de diciembre, porque haciendo en él más frío, irán todos al paseo sin capa, hechos unos Sosé (*sic*) o unos Pepitos.²⁶

Por otra parte, el elitismo de los espectáculos y la separación de las clases sociales en el uso del mismo espacio se hizo cada vez más evidente con la instauración de la fiesta del comercio. Una nota titulada "Los desterrados del Zócalo", aludía con humor en 1893 a esta situación:

A los padres graves, pechugas de aves; y a los pobres donados, frijoles quemados... Presento al lector en el adjunto grabado una escena muy real, yo la presencié ayer discurriendo por los alrededores del que antes era Zócalo visible para pobres y para ricos; es decir, andaba yo como se decía aquí en México en los tiempos de las clases privilegiadas *que ahora ya no existen*, andaba yo fuera de la traza [...] y vi, digo, una escena que me hizo sentir cierto interés por nuestras gentes del pueblo, pues eran tantos los curiosos que iban turnándose para ver los intersticios de los tablados, que no pude menos que acercarme como ellos a participar de su curiosidad y de las sensaciones que la vista del Zócalo encarcelado entre tablas podría despertarles [...] Ya las tardes de los domingos los artesanos sobrios y las gatas enamoradas no saben a dónde concurrir para distraer sus ocios dominicales. La Honorable Corporación Municipal ha desterrado a todos los frequentadores al Zócalo, y éstos, tristes y melancólicos, vagan en derredor del cerco de tablas buscando a ver si ven algo que los consuele del destierro.²⁷

De acuerdo con estas crónicas, el espacio del Zócalo se diferenciaba esos días. Cada grupo social tenía un lugar particular y actividades especiales. Podían acceder a él, pero en noviembre la entrada a los salones de música y baile quedaba vedada a los sectores sin dinero para la diversión festiva oficial. Mientras que “los ricos verán luces de colores en caprichosa combinación [...] y oirán partituras clásicas” —decía el cronista de la época—, y una compañía americana a quien, según rumores, el ayuntamiento había vendido el Zócalo, colocaría en los pórticos dos águilas que tendrían “espadas de fuego en las manos para impedir que entren allí los pobres”.²⁸

El reconocimiento de la plaza como lugar “abigarrado, colorido e interclasista”,²⁹ se modifica durante el siglo XIX, cuando la fiesta irrumpe en la cotidianidad ciudadana. La limitación de la entrada a los salones de música, bai-

le y comida para las clases populares implica una diferenciación social del espacio público. Se anula con ello la naturaleza interclasista que tradicionalmente tenía.

Así pues, a pesar de las críticas periodísticas al ayuntamiento, la plaza Mayor se convertía durante 15 días en un espacio efímero que aislaba a ricos de pobres. En los últimos años del siglo se hizo evidente la reproducción de la distancia social, cada día más marcada entre la élite que tenía puestos los ojos en la cultura, las costumbres y la economía extranjera, y los grupos urbanos marginados que representaban gran parte de la pobreza real del país. Así, los arreglos del gran escenario seguirían adelante:

el Zócalo por dentro no se conoce por la mano de pintura que se le ha dado y por las reconstrucciones que se han hecho. El piso del cuadrilátero que lo limita es ahora más ancho, está hecho de nuevo el pavimento donde el pueblo paseándose oía música y el kiosko parece que está sobre una gruta. En su rededor se han puesto las mesas del restaurant, que tendrá su cocina en el subterráneo, las cuales no son elegantes ni hacen juego con la ornamentación. Cuatro colores se dividen el espacio de este lugar: frente al Palacio del Gobierno el verde domina en los venecianos, faroles, doseles, bombillas Edison y focos eléctricos; frente al portal de las Flores reina el amarillo, frente al portal de Mercaderes el rojo, frente a la Catedral, el azul. De uno a otro lado del gran cuadrilátero se han puesto sillas para la concurrencia, en tal orden que no se puede estorbar el paso. En el círculo del kiosko hay también sillas y en las cuatro divisiones que se han hecho, formando departamentos especiales, la mueblería es elegante, es ajuar completo de color rojo para cada uno. La vela, las cortinas, los doseles, los venecianos son de celeste.³⁰

El salón se decoró además con espejos de 2 metros de alto y 1.80 de ancho; entre los si-

llones tapizados de rojo se colocaron "jarrones griegos" y 18 esculturas de yeso con pedestales blancos, realizadas por alumnos de la Escuela Nacional de Bellas Artes. El techo se llenó de estrellas de papel plateado que contrastaban con los colores de las flores artificiales de los jarrones.³¹

En el costado exterior del cerco que miraba hacia la Catedral se pintaron el pico de Orizaba, las ruinas de Mitla, los lagos de Texcoco y Cuitzeo, Chapultepec, la bahía de Veracruz con una parte del puerto, el acueducto de Querétaro, el canal de la Viga y el valle de México, en cuyo fondo aparece el Iztaccihuatl. El Zócalo tenía por entrada al salón principal "amplios y hermosos arcos".³² El "mágico aspecto" al que Federico Gamboa se refería en 1903 no era exageración literaria.

La fiesta del comercio hacía nuevamente del Zócalo un escenario. El salón principal, con contrastante colorido en el interior y pinturas efímeras en el exterior, se erigía como el centro del gran teatro. La música que algunos oían de lejos era el telón de fondo de un evento social cuyo ritual distaba de ser sacro. La música de flautas y chirimías que otrora acompañaran cantos religiosos, fue sustituida por una orquesta que tocaba música clásica. La beneficencia, ahora en manos del gobierno, aprovechaba estos conciertos como fuente de ingreso para sus obras pías. Las pinturas alegóricas barrocas de la fiesta de las reliquias de los santos se sustituyeron por "saltos de agua semejando alegorías", los túmulos y santuarios por "montículos de zacate coronados por ramilletes de geranios y árboles inmóviles, emblanquecidos por la luz eléctrica".³³

Notas

¹ Federico Gamboa, *Santa*, citado en Ma. Teresa Bismal Siller, *Los novelistas y la ciudad de México (1810-1910)*, México, Botas, 1963, p. 127.

² Véase Johan Huizinga, *Homo ludens*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

³ Por sólo nombrar algunos: Johan Huizinga, *Homo ludens*, op. cit.; José María Diez Borque (comp.), *Teatro y fiesta en el barroco*, Madrid, Ediciones del Serbal, 1986; Marcelin Deforneaux, *La vida cotidiana en España en el siglo de oro*, Buenos Aires, Librería Hachette,

La fiesta que en la Nueva España se desbordó en flores, fuentes brotantes, cantos y colores, en representaciones teatrales, arcos y altares efímeros con pinturas alegóricas de santos y reliquias, con versos que completaban la expresión de un sentir oficial permeado por la religiosidad popular, evolucionó a una fiesta cuya secularidad manifestaba las acciones meritorias puntales de la ética liberal: el comercio que la modernidad del porfiriato había hecho una realidad. Se cambiaron los motivos y significados sacros pero, muy a pesar de los valores del liberalismo anticlerical, se descubre una sola fuente, profundamente religiosa: la conmemoración de los santos y su significado teleológico se diluyó sin perderse; el comercio y su idealizada función histórica, teleológica también, ocupó el mismo lugar en la fiesta. Persistió la costumbre de disfrazar los espacios urbanos, de fabricar escenografías, de crear pinturas y esculturas efímeras y de producir literatura momentánea. Celebrar reliquias de santidad y celebrar al comercio, en fin, son conductas distintas en el tiempo pero ambas resultan de una profunda práctica cultural, derivada de una estructura ritual religiosa.

Los motivos y las costumbres propios de las fiestas en la ciudad de México pueden ser rastreados por sus huellas formales. Los ciclos festivos de cada año, a lo largo de los siglos, mantienen elementos que revelan sus orígenes y descubren la cultura que los sostiene. No es casual entonces, que el aspecto teatral que la ciudad adquirió durante las fiestas, nos llegue a través de miradas y plumas tan disímiles como las del padre Alegre y de Federico Gamboa.

1964; George Baudot, *La vida cotidiana en la América española en tiempos de Felipe II*, México, FCE, 1983; Pilar Gonzalbo, *Las fiestas novohispanas: espectáculo y ejemplo*, University of California Press, Mexican Studies, 1993; Irving Leonard, *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1986. El estudio preliminar de Roberto Moreno de los Arcos para Joaquín Velázquez de León, *Arcos del Triunfo*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1978; José Rojas Garcidueñas, *Tres piezas teatrales del virreinato*, Mé-

xico, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1976; Juan Pedro Viqueira, *Relajados o reprimidos. Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, FCE, 1987; Varios autores, *El arte efímero en el mundo hispánico*, Memorias del V Coloquio del Instituto de Investigaciones Estéticas, México, UNAM, 1983; Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, FCE, 1991. Habría que sumar crónicas periodísticas, diarios de viajeros, memorias, como las de Ignacio M. Altamirano, Brantz Mayer, Madame Calderón de la Barca, Guillermo Prieto. Diarios personales como el de Gregorio M. de Guijo, Antonio Robles. Otro tipo de celebración que hoy nos parece extraña es la de las ejecuciones públicas, que han sido relatadas por los panegiristas contemporáneos en publicaciones periódicas y folletería, hasta en trabajos de índole histórica como los de Joaquín García Icazbalceta, José Toribio Medina, y últimamente los de Solange Alberro y Salvador Rueda.

⁴ Pilar Gonzalbo, *op. cit.*, p. 21.

⁵ El primero y más importante de los cronistas jesuitas que habla de la fiesta de las reliquias fue el padre Juan Sánchez Baquero, cuya obra sobre la fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España abarca de 1571 a 1580. Existe otra crónica anónima de la fiesta: *Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús y su Fundación en la Provincia de México*. Pero la más importante es la carta del padre Morales de 1579, citada en Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1954, y que José Rojas Garcidueñas transcribe, en partes, en *Tres piezas teatrales del virreinato*, *op. cit.* En esta carta se basan las crónicas del padre jesuita Francisco de Florencia, *Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España, 1694*, citada en Guillermo Tovar, *Bibliografía novohispana de arte*, México, FCE, 1988; y la del padre jesuita Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, 3 vols., Carlos Ma. Bustamante (ed.), México, J.M. Lara, 1841-1842.

⁶ Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, *op. cit.*, t. I, pp. 125-126.

⁷ *Ibid.*, p. 126.

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 137.

¹¹ *Idem.*

¹² *Tragedia intitulada el Triunfo de los Santos*, atribuida a los padres Vicencio Lanucci y Juan Sánchez Baquero, citado en Joaquín García Icazbalceta, *op. cit.*

¹³ Francisco Javier Alegre, *op. cit.*, p. 140.

¹⁴ *Ibid.*, p. 138.

¹⁵ Padre Morales, citado en José Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, p. 8.

¹⁶ Ensalada cantada en las fiestas de la llegada de las reliquias a la Nueva España, citada en José Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, p. 7.

¹⁷ *Gazeta de México*, noviembre de 1728, reimpresión facsimilar, 3 vols., México, Condumex, 1985, p. 89.

¹⁸ *Ibid.*, p. 186.

¹⁹ Ignacio M. Altamirano, *Obras completas. Textos costumbristas*, vol. V, México, SEP, 1986, p. 94.

²⁰ *Diario de México*, 1º de noviembre de 1809. En una nota de *La voz de México*, del uno de noviembre de 1873, se dice que "para la festividad de Todos los Santos y Santa Cirenía mártir, en varias iglesias se exponen a la pública veneración, las reliquias de algunos santos".

²¹ *El Universal*, 1º de noviembre de 1849. En 1881, la comisión de festividades propuso que la fiesta de Todos Santos se verificara en la Alameda debido a las dificultades que ésta y la de muertos habían creado al ayuntamiento. Por otra parte, el jardín del atrio de la catedral, apenas formado, disminuía el espacio disponible. En aquella ocasión el salón de bailes se acondicionó en la rotonda de la fuente principal de la Alameda. De las ganancias, el 15 por ciento sería para el ayuntamiento, el resto para el empresario Ignacio Bejarano y para la administración de rentas que compraría una máquina de vapor para los talleres del Gran Círculo de Obreros, quien a su vez la cedió a la Escuela Correccional de Artes y Oficios. Archivo Histórico del Ayuntamiento, *Ramo Festividades Religiosas*, vol. 1065, t. I, exp. 21.

²² *México y sus costumbres*, 24 de octubre de 1872.

²³ Juvenal, *México y sus costumbres*, 7 de noviembre de 1872.

²⁴ *Idem.*

²⁵ Archivo Histórico del Ayuntamiento, *Ramo Festividades Religiosas*, vol. 1065, t. I, exp. 23, 1893.

²⁶ *El Universal*, 28 de octubre de 1893.

²⁷ Jehová Municipal (seudónimo), "Los desterrados del Zócalo", *El Universal*, 29 de octubre de 1893.

²⁸ *México y sus costumbres*, 7 de noviembre de 1872.

²⁹ Carlos Aguirre, "El centro: un espacio para todos", *Suplemento Dominical, El Nacional*, 27 de marzo de 1994.

³⁰ *El Universal*, 2 de noviembre de 1893.

³¹ Archivo Histórico del Ayuntamiento, *Ramo Festividades Religiosas*, vol. 1065, t. I, exp. 23, 1893.

³² *El Universal*, 2 de noviembre de 1893.

³³ *El Universal*, 29 de octubre de 1893.

F. DE LA BARRA.



UPON MY HEAD THEY PLACED A FRUITLESS CROWN,
AND PUT A BARREN SCEPTRE IN MY GRIP
— MACBETH